

Quiroga, Sarlo y el primitivismo técnico: un abordaje especulativo

Quiroga, Sarlo and technical primitivism: a speculative approach

Laureano Ralón

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
ralonlaureano@gmail.com

Resumen

Este artículo recupera el primitivismo técnico de Horacio Quiroga como una forma de relación con la tecnología que trasciende la fascinación tecnofílica y el fatalismo tecnofóbico. Identificamos importantes resonancias con un ensayo paradigmático de Beatriz Sarlo, que recobra el primitivismo en pleno auge globalizador. Buscamos avanzar más allá de Sarlo y resaltar la vigencia del primitivismo contra un trasfondo post-neoliberal, a través de una analítica de las principales teorías sobre la técnica. A diferencia de la disposición instrumental de los early adopters de la innovación tecnológica, argumentamos que el primitivismo encarna una posición verdaderamente crítica, fundada en un contacto estético con la realidad de las cosas.

Abstract

This article retrieves Horacio Quiroga's technical primitivism as a kind of relationship with technology that transcends technophilic fascination and technophobic fatalism. We identify important resonances with a paradigmatic essay by Beatriz Sarlo, which recovers primitivism at the hype of globalization. Lastly, we seek to move beyond Sarlo and highlight the continued relevance of primitivism against a post-neoliberal background, through an analytic of the main theories about technics. Against the instrumental disposition of the "early adopters" of technological innovation, we claim that primitivism embodies a truly critical stance, founded upon an aesthetic contact with the reality of things.

Palabras clave

Horacio Quiroga, primitivismo, realismo especulativo

Key words

Horacio Quiroga, primitivism, speculative realism

1. Introducción

En sintonía con el nuevo realismo, un movimiento filosófico especulativo que desde hace algunos años se presenta como una alternativa al posmodernismo (Ferraris, 2012; Figal, 2010; Gabriel, 2011; Harman, 2002, 2005, 2011; Meillassoux, 2015; Morton, 2014; Shaviro, 2014), partimos aquí del supuesto que un texto es un entramado complejo que no se agota en sus accidentes o relaciones, sean estas simbólicas, materiales o históricas, pues de no preservar algo en exceso de sus manifestaciones inmediatas, no habría razón para que su condición fuese a modificarse; su existencia se disolvería en el acceso sincrónico por parte de otros entes, en un calidoscopio de imágenes internas o en un tejido de perspectivas externas. A diferencia del formalismo, la fenomenología, el historicismo y los estructuralismos, con sus tendencias a reducir la realidad del texto a un contenido explícito, a las intenciones más o menos conscientes de un sujeto creador, a una serie de interpretaciones o aplicaciones por parte de un lector situado, o a un simulacro de elementos sociales, políticos e ideológicos, afirmamos aquí su autonomía irreductible. Decir que un texto tiene vida propia, que posee una determinada textura, que opone resistencia y desborda con creces sus estructuras ordenadoras, no significa invocar una suerte de vitalismo, mucho menos una identidad elusiva que siempre difiere de sí misma; significa simplemente reconocer su potencial inagotable. Lejos de ser un producto de su tiempo o de una genialidad solitaria y estéril, un texto es una “realidad ejecutante” (Harman, 2002) capaz de auto-regenerarse y entrar en nuevas relaciones con otros textos y contextos en virtud de su exceso virtual, esto es, un reservorio de potencialidades que desborda toda tentativa de literalización.

En este artículo buscamos movilizar éstos y otros principios del nuevo realismo con miras a abordar, por la vía especulativa, un texto cuya autonomía nos remite a una dimensión poco explorada del fenómeno técnico. Mediante un trabajo de arqueología poética, que concibe lo textual como un despliegue dotado de historicidad propia, planteamos aquí la vigencia del *primitivismo técnico*. A simple vista, la noción de primitivismo parece remitirnos a la re-elaboración formalista de artistas como Gauguin, Picasso y Matisse, o bien a la antropología estructural de Claude Levi-Strauss. Sin embargo, una versión sudamericana (rioplatense) del primitivismo ya había comenzado a gestarse a principios del siglo XX de la mano de Horacio Quiroga, quien además de escritor, fue un apasionado de la experimentación y los saberes prácticos. Como veremos, la pasión

técnico-experimental quiroguiana, tal como quedó plasmada en sus cuentos¹ y vivencias en la selva misionera, configura una variante del primitivismo que pone especial énfasis en la tecnología como mediadora de la relación entre el ser humano y la naturaleza. A diferencia del positivismo y del romanticismo², el primitivismo quiroguiano se presenta como una suerte de “tercera vía” que no aspira a dominar la naturaleza o a regresar a un estado idílico; por el contrario, esta tercera vía parte del supuesto que el vínculo entre lo natural y lo cultural constituye una relación problemática y compleja. En este contexto, el primitivismo encarna una manera de encauzar las actividades humanas a través de un *rapport* más orgánico (aunque no siempre armónico) con el entorno natural. Como veremos, esta vertiente del primitivismo se cristaliza –más allá de Quiroga y la modernidad– en un despliegue textual cuya trayectoria atraviesa buena parte del siglo XX y adquiere una relevancia particular en nuestros días. Así pues, la primera parte de este artículo considera la recuperación del primitivismo en manos de Beatriz Sarlo (1992), recuperación que en el contexto argentino de los años 90 puede contemplarse como una crítica tácita a la globalización y el neo-liberalismo. Hay aquí un importante paralelismo: si Quiroga concibió lo natural como una fuerza devorante que casi siempre termina imponiéndose sobre la voluntad humana (a menudo con resultados trágicos), con Sarlo asistimos a la renovada vigencia del primitivismo como una alternativa al “capitalismo salvaje” en su etapa transnacional. La segunda parte del artículo avanza más allá de Sarlo y el “fin de la historia” para recuperar el primitivismo quiroguiano contra un trasfondo post-globalizado, reformulándolo como una forma de relación con la tecnología que trasciende, a la vez, la fascinación tecnofílica que acompaña la utilización acrítica de los objetos técnicos, y el fatalismo tecnofóbico que rechaza dichos objetos por considerarlos una fuente de alienación. Como veremos, estas dos posiciones se corresponden, a grandes rasgos, con dos concepciones específicas del fenómeno técnico identificadas por el filósofo Andrew Feenberg (1991): el instrumentalismo liberal y el sustantivismo conservador. Por contraste, el primitivismo quiroguiano, en su despliegue textual a través de los tiempos, reemerge una y otra vez como una suerte de contacto estético que trasciende tanto la contemplación teórica como el know-how de los saberes prácticos.

1 Si bien Quiroga no trató de manera explícita la cuestión de la técnica, su interés por los saberes prácticos quedó plasmado en diferentes relatos, tales como “El hombre artificial”, “Los fabricantes de carbón” y “Los destiladores de naranja”. A través de ellos, se deja entrever una noción de primitivismo que no debe confundirse con un mero regreso a un estado idílico, pre-industrial o asilvestrado a través de la resalvajización.

2 Una variante específica de este romanticismo es el “anarco-primitivismo”, una tendencia del anarquismo individualista que critica los orígenes y el progreso de la civilización, y propone regresar a una vida no-civilizada mediante la desindustrialización, la abolición de la división del trabajo y el abandono de la tecnología moderna.

2. Consideraciones teórico-metodológicas

El despliegue textual del primitivismo quiroguiano ostenta –en su trayectoria extática– una realidad que nos supera. Estamos ante una suerte de “híper-objeto” (Morton, 2014) cuya totalidad se substrahe de nuestra aprehensión situada y finita. Esto se debe a la elusividad del texto, cuya ejecución excede con creces sus manifestaciones de superficie. En consecuencia, nuestra vía de acceso al mismo no podrá ser directa y sincrónica (a través de la inmediatez de sus presentaciones), sino indirecta y alusiva (a través de su condensación en un modelo funcional capaz de captar y contener, al menos parcialmente, las emisiones de su realidad ejecutante). A propósito, Gunter Figal (2010) plantea que un modelo no es ni el tema en sí ni una aparición arbitraria; por el contrario, su función consiste en mostrar algo en algo a fin de hacerlo presente. Según Figal, los modelos se distinguen por su pregnancia y deben probar su eficacia permitiendo que algo se muestre en ellos, aunque lo que se muestre por su intermedio no solo esté presente en ellos (30). El modelo elegido para nuestro propósito es un ensayo de Beatriz Sarlo, “Horacio Quiroga y la hipótesis técnico-científica”, incluido en *La Imaginación Técnica: Sueños Modernos de la Cultura Argentina* (1992). En cuanto ensayo, fue concebido con una finalidad muy puntual: teorizar sobre la pasión técnico-experimental quiroguiana y sus implicaciones para el imaginario argentino moderno. Pero en cuanto modelo, es mucho más que un producto biográfico o histórico: es un momento de un despliegue textual que involucra al primitivismo rioplatense y cuyo punto de extracción nos remite a una serie de escenas primarias que tienen como protagonista al propio Quiroga. Ahora bien, ningún modelo es capaz de contener plenamente la trayectoria textual que lo antecede, y en consecuencia, pese a su funcionalidad transitoria y provisional, el ensayo de Sarlo se verá inevitablemente desbordado y reabsorbido estéticamente por esa realidad subterránea y virtual que lo supera. Con pocas palabras: los textos, si son lo suficientemente robustos, pueden trascender su propio tiempo; los modelos, en cambio, parecen ser de su tiempo. Más allá de Sarlo, el resurgimiento del texto que nos convoca dependerá de nuestra capacidad de forjar nuevos modelos que nos permitan re-asimilar la herencia de su trayectoria extática, a fin de articular su relevancia presente más allá de las problemáticas específicas del siglo XX. Este artículo aspira a llevar a cabo esta tarea contra un trasfondo post-neoliberal en el que el pensamiento posmoderno ha comenzado a ceder ante un nuevo realismo de corte especulativo (Ferraris, 2012).

Es evidente que una investigación de este tipo requiere un abordaje más complejo que una mera lectura o apreciación subjetivas. Al respecto, Figal (2010) nos ofrece una redefinición del concepto de interpretación cuya dimensión ontológica nos permitirá encauzar nuestro análisis por la senda correcta: una interpretación especulativa es, para Figal, una apropiación que implica un traslado [*carrying over*] (49). La noción de traslado supone un fuerte anclaje en lo real, aunque solo se trate de una realidad accesible de manera oblicua. A diferencia del relacionismo nietzscheano, para el que no existen hechos sino apenas interpretaciones (e interpretaciones de interpretaciones), Figal afirma que el punto de extracción de un traslado posee una dimensión sustantiva identificable, aunque solo se trate de un momento del traslado. Con otras palabras, en la medida en que algo debe ser trasladado, no es en sí mismo un traslado, sino algo en el traslado; esto implica que una idea puede ser trasladada de un contexto a otro, pero lo que se traslada es la idea misma (52). Según Figal, el hecho de que un texto esté acompañado de una historia que uno puede contar o reconstruir no guarda relación alguna con que sea interpretable; por el contrario, lo que es interpretable es aquello que se ha desprendido del flujo de la vida (58). Esto sugiere que la contextualidad nunca es total, y que la idea de un holismo orgánico, en el que todo conecta con todo, no tiene nada para decirnos acerca de la individualidad de las cosas. Por esta razón, el nuevo realismo considera que los textos no solo se sitúan en, sino que abren sus propios contextos; y que dichos contextos están ya siempre impregnados con el estilo singular de cada texto. Según Figal, esto queda en evidencia, por ejemplo, cuando se contempla un cielo cuya realidad nos remite a un cuadro de Monet, o cuando se tiene un recuerdo con un inconfundible estilo proustiano (27).

Esta discusión deja entrever que el contexto como extensión del texto constituye una traducción de su realidad ejecutante, la cual se cristaliza en un modelo funcional con fecha de caducación. Ahora bien, el contexto en cuanto emisión del texto no es aún representación; tampoco equivale al entorno simbólico, material o histórico que lo acompaña, ni al espacio lógico-objetivo perfectamente determinado que llamamos "realidad". De hecho, a diferencia de Figal, creemos que lo que se traslada –aquello que emerge como instanciación del despliegue textual– no es una idea o un concepto, sino un estilo que impregna las cosas y las contextualiza a imagen y semejanza del texto mismo. En este sentido, el entorno está ya siempre impregnado de un estilo singular que se libera del texto para condensarse en un modelo funcional, esto es, una suerte de medio refractario donde se acumulan y cristalizan las emisiones textuales. Ahora bien, al equiparar la ejecución de un texto con su estilo, ¿no estamos antropomorfizando su realidad,

reduciéndola a una expresión antropocéntrica? A diferencia la noción esteticista de estilo como mero accesorio decorativo, el nuevo realismo lo define en términos ontológicos, es decir, como aquello que los objetos son en cuanto unidades autónomas. Para Graham Harman (2005), un estilo no es un agregado de partes, sino una fuerza real que anima sus cualidades desde lo profundo. En este sentido, familiarizarse con un objeto implica llegar a una serie de conclusiones preliminares acerca de sus rasgos de superficie, antes de alcanzar una conclusión más definitiva sobre el modo de ser de tal o cual objeto. Pero estas conclusiones no dependen de un contacto directo con la realidad del objeto, sino de un acceso indirecto con su realidad subterránea mediante el estilo que emerge de sus emisiones. Esto implica que el estilo de las cosas no es algo que podamos deducir a partir de una intuición sensible o intelectual; es más bien lo que motoriza su comportamiento autónomo, su tendencia a gravitar hacia otras cosas e insertarse en un determinado “dominio de objetos” (Gabriel, 2011).

3. Un ensayo modelo

En cuanto modelo funcional o medio refractario, la gran virtud de *La Imaginación Técnica...* (1992) es su capacidad de captar un estilo singular vinculado al fenómeno técnico. Sarlo comienza por aclarar que la pasión técnico-experimental quiroguiana no fue tematizada por el propio escritor, pero sí documentada por José M. Delgado y Alberto J. Brignole en un libro escrito a los pocos meses de su muerte, *Vida y obra de Horacio Quiroga* (1939):

No menos de veinte veces, en un volumen de cuatrocientas páginas pequeñas, nombran los experimentos, los talleres, los fracasos y los caprichos técnicos del biografiado: las menciones parecen, más que buscadas, inevitables, cuando los autores se refieren a las diferentes casas habitadas por Quiroga, donde el taller de química, galvanoplastia o el horno de cerámica ocupaban el centro; al equipaje con el que partía hacia Misiones; al trabajo físico invertido en el escenario rural del que su segunda mujer huyó de tedio; a las empresas que allí mismo intentó para liberarse de una escritura obligada que los diarios y revistas pagaban mal; a las pasiones de juventud y madurez primero por el ciclismo, más tarde por su moto, luego por un barco construido por él mismo, y finalmente por un Ford a bigotes (21).

Sarlo objeta que los autores no se preocuparon por sostener una hipótesis que trascendiera el mero *racconto* de un estilo de vida hacia la construcción de una concepción quiroguiana de la técnica:

Los dos bigrafistas, Delgado y Brignole, no fundan, con estos datos, otra interpretación que la psicológica: la tendencia a un ‘placer complejo que incluye la actividad física y el desafío al

ingenio. No avanzan más uniendo los datos que proporcionan: esto los hace singularmente valiosos, porque son a la vez inevitables y sólo motivados por la biografía, que hilvana los temas del mito quiroguiano; pero uno de esos temas, precisamente el de la pasión experimental y el pionerismo técnico, es un no-tema, algo que está allí sin merecer un subrayado (21-22).

Identificado el problema, la autora realiza un admirable trabajo especulativo a partir de los datos de la biografía, conectando la pasión técnica quiroguiana con el imaginario argentino moderno.

Para comenzar, plantea que el entusiasmo de Quiroga no se limita a dimensiones radicalmente nuevas de innovación, sino que incluye y pone especial énfasis en el primitivismo que se manifiesta en los “habilidosos de la artesanía”, esto es, los inventores y constructores aficionados que buscaban aplicar sus destrezas a la máquina en un combate heroico por alcanzar resultados técnicos exitosos a partir de saberes aproximativos y condiciones materiales precarias. Sostiene que “los técnicos primitivos son bricoleurs, porque ni los materiales, ni las partes de máquinas que emplean se adecuan a la función que deberían cumplir en las invenciones de nuevos procesos, siempre defectuosos, que imitan los procesos industriales normales” (30). Observa además que los aparatos fabricados por los técnicos primitivos son imitaciones deformadas, a las que el bricolaje convierte en un caos de duplicaciones innecesarias y ausencias esenciales: “La imitación técnica, en condiciones precarias, alcanza un paroxismo barroco de añadidos, empastes, remiendos y soluciones falsas, impuestas por las condiciones materiales en las que se plantea el problema” (31). Una vez más, es necesario aclarar que Quiroga no tematizó el problema de la técnica en forma explícita, pero fue protagonista en carne propia de estas hazañas, de las que se inspiró para escribir relatos como “Los fabricantes de carbón” y “Los destiladores de naranja”, entre otros. En relación al primer cuento, Sarlo caracteriza el proceso de los fabricantes de carbón que construyen una caldera como “una alianza entre la ingobernabilidad de la temperatura en la caldera, la fragilidad de las paredes del horno y el azar bajo la figura de un peón ajeno a la tecnología que sus patrones, los socios en la destilación de carbón, creen conocer” (32). El resultado de esta alianza es la destrucción final de todo el circuito, y los responsables de esta secuencia desafortunada de eventos son los pioneros e inventores aficionados, que según Quiroga “estaban vestidos como peones y hablaban como ingenieros” pero “no eran ni ingenieros ni peones”.

La precisión que Sarlo hace de los bricoleurs, cuya técnica “no está nunca a la altura de los problemas que se plantea, aunque esos sean muy sencillos” (33), deja entrever un

procedimiento *naïf* e improvisado. Sin embargo, la autora comprende que el primitivismo quiroguiano es mucho más que un descuido de las formas. Sostiene que “el pionerismo técnico, una de las formas de la aventura moderna concebida a la ‘americana’ como lucha de frontera en la que el protagonista despliega su saber práctico, proporciona un esquema de conflicto y suspenso a la narrativa de Quiroga” (33/34). Y concluye que el interés de Quiroga y otros por las cuestiones técnicas “...tiene que ver con el peso simbólico del pionerismo técnico de estos aficionados y ‘primitivos’ en un mundo donde nuevos conocimientos estaban modificando, por lo menos en los sectores medios y populares, la organización tradicional de saberes y destrezas” (33):

Capitanes de su propia derrota, hay un placer en el camino que recorren para llegar a ella: el placer, precisamente, de probar conocimientos limitados en prácticas ingeniosas que rodean, sin lograr atravesar nunca, las lagunas del saber necesario y del dinero ausente en la empresa. Una idea de pionerismo no sólo geográfico sino técnico está en la base de estos constructores fronterizos en todos los sentidos del término. El interés ficcional reside en la comprobación de sus límites y la resolución de avanzar trabajando con la conciencia de que ellos existen como obstáculo pero también como impulso narrativo e ideológico (34).

Una lectura apresurada seguramente definiría este comportamiento como la manifestación de un romanticismo tardío que busca oponerse a la innovación tecnológica, una suerte de neoludismo. En realidad, una interpretación semejante apenas rasguña la superficie de una realidad que trasciende su contexto histórico. Sarlo lo supo. Comprendió que el primitivismo de los bricoleurs era mucho más que un producto de su tiempo; que había en ese ritual una alusión a una dimensión trascendental, a una realidad en exceso que no se actualiza por mero capricho, sino bajo condiciones concretas. Analicemos esta dinámica más de cerca.

Es evidente que cuando Sarlo discute la pasión técnico-experimental quiroguiana, no lo hace simplemente para exaltar los hábitos de un poeta muerto. Al recuperar aquellas escenas primarias que tienen como protagonista al escritor de la selva, no solo se ocupa del pasado; también pone en juego el presente histórico de su propio tiempo, y creemos que este poner-en-juego se apoya en un “traslado” en el sentido al que se refiere Figal. En efecto, la aparición de un libro como *La Imaginación Técnica...* (1992) al poco tiempo de la disolución de la Unión Soviética, en una época que ostentaba un renovado ethos neo-liberal y globalizador a escala planetaria, no es casualidad. Tampoco es casualidad que al momento de la publicación del ensayo, la Argentina y el mundo ingresaban en un período de fascinación tecnofílica comparable al que describe Quiroga en sus cuentos de

principios del siglo XX. En efecto, si Quiroga escribió contra el trasfondo de una industria incipiente del cine, Sarlo lo hacía de cara al advenimiento de Internet y la digitalización de la cultura occidental. Y si en la década de 1920 surgía toda una literatura sobre cine y una cultura y contracultura cinematográfica, en la década de 1990 emergían en la Argentina los estudios críticos sobre la técnica. Estas resonancias no pueden ser reducidas a una mera coincidencia o a una estrategia editorial; creemos que solo pueden ser garantizadas por un reservorio de potencialidades que la autora descubre y encausa hasta cierto punto, pero que dependen fundamentalmente de aquello que el traslado traslada. Con palabras de Figal (2010), solo porque la realidad del texto emerge y solicita una clarificación, es posible una interpretación (58).

Por otro lado, es evidente que el texto solo abre contextos bajo ciertas condiciones concretas de actualización. Y aquí las resonancias se repiten. Si en 1922 la Argentina de los años locos se encaminaba lentamente hacia el *crack* del 1929, el golpe del 1930 y la década infame, en el 1992 el modelo neoliberal volvía a imponerse en una suerte de eterno retorno: una marcha ciega hacia un crack de magnitudes comparables y una crisis institucional sin precedentes. Este paralelo sugiere que el primitivismo técnico emerge como un estilo que contrasta fuertemente con la fascinación tecnofílica de períodos de rápido desarrollo e innovación; pero también difiere del fatalismo tecnofóbico que a menudo se presenta como una alternativa a la racionalidad tecnológica dominante. En este sentido, la conceptualización del primitivismo como una suerte de horizonte ideológico centrado en el sinsabor de una derrota romántica no logra capturar el entusiasmo quiroguiano por la técnica como una forma de interacción con la tecnología que va más allá de la teoría y de la praxis. En efecto, la limitación del ensayo de Sarlo en cuanto modelo funcional radica en su propósito explícito, es decir, en la preocupación de la autora por formular una hipótesis técnica que trascienda el mero *racconto* bibliográfico y psicologista de Delgado y Brignole. Esta orientación hipotético-deductiva le impide captar el estilo técnico quiroguiano como emisión de una realidad que no es óntico-fáctica o empírico-material, y que resulta inaccesible por la vía teórica. La insistencia de Sarlo en una accesibilidad epistémica solo le brinda una traducción imperfecta del texto, apenas un reflejo de sus presentaciones inmediatas. Por el contrario, un abordaje indirecto, alusivo y especulativo apunta a capturar el estilo como la dimensión absoluta del texto. Ahora bien, el término absoluto debe ser tomado aquí en un sentido etimológico estricto: *absolutus* significa aquello que ronda suelto, libre de toda determinación; o con palabras de Figal (2010), aquello que se ha desprendido del flujo de la vida.

Para resumir la discusión hasta aquí: aunque Sarlo se aproxima bastante a una comprensión integral de la pasión técnica quiroguiana, rápidamente lo reduce a una suerte de know-how impulsado por un ethos romántico afín al neoludismo. Por contraste, lo que proponemos aquí es que el estilo primitivista encarna una disposición crítica que plantea una forma de interacción más genuina a partir un contacto estético desinteresado con los objetos técnicos. Para comprender lo que está en juego, necesitamos rever brevemente las principales concepciones sobre la técnica que han surgido a lo largo del siglo XX. Para ello, recurrimos al pensamiento del filósofo Andrew Feenberg.

4. Teorías sobre la técnica

La filosofía de Andrew Feenberg sintetiza en forma sistemática una serie de tentativas previas para alcanzar una comprensión superadora de la tecnología moderna. En “El parlamento de las cosas” (1991), Feenberg describe cuatro concepciones posibles sobre la técnica. Para comenzar, Feenberg identifica una teoría instrumentalista de la técnica muy ligada al sentido común, al ideario liberal y al procedimiento pautado de las ciencias:

La comprensión instrumentalista de la tecnología es especialmente prominente en las ciencias sociales. Aparece como un elemento importante en las tensiones entre tradición, ideología y eficiencia, que surgen de los cambios socio-tecnológicos. La teoría de la Modernización, por ejemplo, estudia como las elites utilizan la tecnología para promover el cambio social en el transcurso de los procesos de industrialización. Los análisis sobre las políticas públicas se preocupan por los costos y las consecuencias de la automatización y la polución. El instrumentalismo provee de un marco teórico para este tipo de investigación (4).

Los presupuestos metafísicos de esta concepción instrumental nos remiten a los valores del iluminismo. En *Crossing the postmodern divide* (1993), el filósofo Albert Borgmann, distingue tres pilares conceptuales básicos del modernismo, a saber, un realismo agresivo que plantea la dominación sistemática de la naturaleza mediante el avance científico (Bacon); un *universalismo metódico* que busca integrar los distintos esfuerzos de dominación de manera harmónica (Descartes), y un individualismo ambiguo que pone el énfasis en el consumo y las libertades individuales, pero también en la integración contractual de la ciudadanía a un proyecto industrial (Locke). En esta contextura, la tecnología es ciencia aplicada: un medio hacia un fin, un instrumento sin valor intrínseca cuya esencial radica en su función específica vis-à-vis determinados propósitos humanos. En el marco de esta posición instrumental se enmarca la fascinación tecnofílica (acrítica) que identificamos al inicio.

Según Feenberg, la alternativa moderna al instrumentalismo es el determinismo, posición estrechamente vinculada al pensamiento marxista. Para Marx, es sabido, la fábrica como entorno material se transformaría en el escenario de las contradicciones del capitalismo moderno y en la cuna de la revolución proletaria. Sin embargo, la idea marxista de un socialismo utópico fue rápidamente descartada por el estalinismo soviético en favor de un estatismo centralizado que ejerció un feroz monopolio sobre la técnica. Al respecto, Feenberg (1991) observa que el estalinismo propone un cambio civilizatorio promovido desde la planificación estatal “mediante el control de los trabajadores, de una recalificación de la fuerza de trabajo y de la participación pública en las decisiones técnicas”. A simple vista, la experiencia soviética parece haber fallado por rechazar el sendero democrático y adoptar un industrialismo autoritario a cualquier costo. No obstante, Feenberg atribuye el fracaso a una contradicción inherente a la propia lógica de la racionalidad tecnológica:

...los intentos de los estados de instrumentalizar la tecnología a expensas de valores originales y propios entrañan una contradicción interna. Frente al cambio tecnológico, solo un estado particularmente fuerte es capaz de crear una región cultural y económica cerrada en pos afianzar las metas culturales originales. Pero, paradójicamente, un estado fuerte solo puede sostenerse utilizando el autoritarismo tecnológico heredado del capitalismo. Al hacer esto, reproduce todas las principales características de la civilización que profesa rechazar... (10).

Lo que diferencia a las dos posiciones expuestas hasta el momento es que, para el instrumentalismo, la tecnología puede ser controlada por los seres humanos en función de propósitos individuales mientras que, para el determinismo, se encuentra al servicio de una pequeña élite iluminada. Sin embargo, el instrumentalismo y el determinismo comparten un denominador común: sujeta o no a la voluntad individual o colectiva de los seres humanos, la tecnología sigue siendo en ambos casos un medio hacia un fin, una herramienta neutra sin inclinación teleológica intrínseca. Una alternativa a esta falsa dicotomía es lo que Feenberg llama la “teoría substantiva” de la técnica:

La Teoría Sustantiva, conocida a través de los escritos de Jacques Ellul y Martín Heidegger, sostiene que la tecnología constituye un nuevo tipo de sistema cultural que reestructura al mundo social entero en un objeto de control. Este sistema se caracteriza por una dinámica expansiva que finalmente mediatiza a todo enclave pre-tecnológico y da forma al todo de la vida social. La instrumentalización de la sociedad es, por lo tanto, un destino del cual no hay otro escape más que la retirada. Solo una vuelta a la tradición o a la simpleza ofrece una alternativa al juggernaut del progreso (5).

Con Heidegger y Ellul, el determinismo marxista se transforma en un sistema de dominación que alcanza todas las esferas del quehacer humano y degrada al Ser. Estos pensadores sustantivistas rechazan el instrumentalismo dominante y su “alternativa” determinista por considerar que, en paralelo a los grandes avances tecnológicos de los últimos dos siglos, la ciencia moderna produjo atrocidades como las grandes guerras o la bomba atómica. En esta contextura, la tecnología es la validación material de un horizonte hegemónico, no una herramienta al servicio del progreso capitalista o una fuerza que acompaña el despliegue teleológico de la historia. El fatalismo tecnofóbico que identificamos al inicio se enmarca en esta concepción sustantivista.

Desde su posición crítica, Feenberg reconoce que el sustantivismo, aunque a menudo criticado por un excesivo fatalismo, plantea una serie de reclamos básicos válidos:

La sustitución de la cena familiar tradicional por la “fast food” puede servir como un modesto ejemplo de las consecuencias no buscadas de la tecnología. La unión familiar, ritual que es reafirmado cada noche, no tiene ya un modo de expresión similar. Nadie reclama que el surgimiento de las fast food es la causa del declinamiento de la familia tradicional, pero la correlación resulta significativa (5).

En la medida en que no concibe a la tecnología como una mera herramienta al servicio de los seres humanos o de una ideología específica, el sustantivismo parece colocarse en el extremo opuesto del instrumentalismo y el determinismo. Además del impacto sincrónico del objeto de ingeniería, esto es, la amplificación intencional de la voluntad humana –ya sea individual o de una pequeña élite– mediante diversas posibilidades de uso práctico, la teoría sustantiva de la técnica identifica una serie de consecuencias colaterales cuyos efectos suelen ser diacrónicos y muchas veces imperceptibles de manera directa: consecuencias involuntarias que se manifiestan de manera ambiental, más allá de toda agencia humana, individual o colectiva. Esta noción extendida de la técnica como una fuerza que trasciende el objeto de ingeniería hacia una configuración de tipo holístico es una contribución muy importante del sustantivismo, y un aspecto que será recogido por la tradición crítica posterior. No obstante, Feenberg observa que,

A pesar de sus diferencias, la Teoría Instrumental y la sustantiva comparten una actitud de “tómala o déjala” respecto de la tecnología. Por un lado, si la tecnología es un mero instrumento, indiferente a los valores, entonces su diseño y estructura no son un tema de debate político, solo lo es el alcance y la eficiencia de su aplicación. Por otro lado, si la tecnología es el vehículo para una cultura de la dominación, entonces estamos condenados a seguir su avance hacia una distopía o a regresar a un modo de vida más primitivo. En ninguno de los dos casos no

resulta posible modificarla: en ambas teorías la tecnología es nuestro destino. La Razón, en su forma tecnológica, se encuentra más allá de la intervención humana (6).

Aunque el sustantivismo emerge como una alternativa al instrumentalismo, Feenberg concluye que ninguna de estas teorías es verdaderamente crítica en un sentido filosófico estricto. Si la segunda concibe a la tecnología como una cosa física y la primera como un imperio global de interrelaciones, ambas tienden a naturalizar su esencia; en este contexto, el ser humano debe contentarse con utilizarla o ser utilizado por ella, pero en ningún caso se contempla la posibilidad de transformarla en forma proactiva. En el mejor de los casos, la teoría sustantiva nos propone un regreso a un estado pre-tecnológico a través de la sensibilidad de los artistas y la gracia divina, o bien plantea la demarcación de ciertos límites morales. Feenberg (1991) señala que

Albert Borgmann ofrece una versión sofisticada de la idea de un retorno a lo simple. Propone una economía de dos sectores en la cual un sector artesanal en expansión absorberá la disminución del empleo en el núcleo, cada vez más automatizado, de la economía (7).

El problema con esta posición conservadora es que acepta lo tecnológico como algo dado, limitándose a resistir su influencia negativa desde una suerte de receptividad activa. Así, la idea de una “relación libre” con la técnica se ve reducida a una serie de respuestas a las solicitudes del mundo circundante (Schrag, 1986; Okrent, 1988; Dreyfus, 1991); el ser humano se transforma en una suerte de “servo-mecanismo” (McLuhan, 1964).

Para Feenberg, nada de esto es suficiente. Considera que hay una contradicción irresoluble en el intento de preservar ciertos valores autóctonos mientras se fomenta de manera acrítica una modernización a cualquier costo. Sostiene que la salida de este dilema es una teoría realmente crítica, capaz de transitar un estrecho corredor entre resignación y utopía. Feenberg asocia los inicios de una teoría semejante con los aportes de la Escuela de Frankfurt, y en particular, de su maestro Herbert Marcuse:

La escuela de Frankfurt también remarcó su temor porque el socialismo pueda simplemente universalizar el tecnicismo prometeico del capitalismo moderno. La liberación de la humanidad y la liberación de la naturaleza están conectadas en la idea de una reconstrucción radical de la base tecnológica de las sociedades modernas. Pero, con la notable excepción de Marcuse, estos críticos Marxistas de la tecnología pararon justo antes de explicar realmente la nueva relación con la naturaleza implicada en su programa; y ninguno de ellos se acercó a satisfacer la demanda, invocada en sus trabajos, de una concepción concreta de la ‘nueva tecnología’ (11).

Feenberg retoma entonces el proyecto de Marcuse y a partir de allí busca formular una nueva teoría crítica que contemple la posibilidad concreta de que la tecnología pueda ser rediseñada en función de las necesidades de una sociedad realmente libre. Para ello, suscribe a un pragmatismo metodológico que recupera los aportes más significativos de cada posición anterior: por un lado, comparte el rechazo instrumentalista al fatalismo sustantivista, pues “no existe ningún ‘fenómeno técnico’ en singular que puede ser caracterizado y rechazado como un todo tal como lo hace Ellul”; por otro, rechaza la neutralidad tecnológica propiciada por el instrumentalismo y su visión atomística. En definitiva, plantea que la forma dominante de racionalidad técnica no es ni una ideología ni una neutralidad determinada por la ‘naturaleza’ de la técnica:

Más precisamente, se encuentra en la intersección entre la ideología y la técnica, en donde los dos se encuentran para controlar a los seres humanos y a los recursos en conformidad con lo que denominaré “códigos técnicos”. La Teoría Crítica muestra como estos códigos, de manera invisible, sedimentan valores e intereses en reglas y procedimiento, instrumentos y artefactos que rutinizan la búsqueda de poder y de ventajas por una hegemonía dominante (12).

Y concluye que,

La Teoría Crítica afirma que la tecnología no es una cosa en el sentido ordinario del término, sino un proceso ambivalente de desarrollo suspendido entre diferentes posibilidades. Esta “ambivalencia” de la tecnología se distingue de la neutralidad por el rol que le atribuye a los valores sociales en el diseño, y no meramente en el uso de los sistemas técnicos. En esta visión, la tecnología no es un destino, sino que es un escenario de lucha. Es un campo de batalla social en el cual las alternativas civilizacionales son debatidas y decididas (12).

La filosofía de Feenberg, al igual que el constructivismo de Bruno Latour, propone abrir la “caja negra” de la tecnología, examinar su “código técnico” y fomentar la participación democrática en cuestiones de diseño. Con otras palabras, los valores sedimentados en torno al objeto de ingeniería deben emerger de la participación y el control ciudadanos, no del conocimiento especializado de una élite que naturaliza la esencia de la técnica a la vez que monopoliza los procesos de innovación tecnológica mediante un discurso centrado en la eficiencia.

Pues bien, aunque el primitivismo técnico quiroguiano no propone abiertamente una transformación de la tecnología, su concepción de lo tecnológico como algo que puede y debe ser indagado en forma activa supera ampliamente las propuestas del instrumentalismo, el determinismo y el sustantivismo, con sus tendencias a naturalizar

la esencia de la tecnología (el humano debe contentarse con utilizarla o ser utilizado por ella, pero en ningún caso se contempla la posibilidad de transformarla). Por contraste, el primitivismo técnico parte del supuesto que los objetos técnicos individuales no son una cosa física o un ente presente puesto frente a sí por el ser humano. Plantear que los objetos poseen una realidad autónoma puede parecer una tesis determinista, pero creemos que solo una cuota de antropomorfismo puede limitar el antropocentrismo que, en rigor, es uno de los obstáculos para una verdadera transformación de la tecnología. Lo que Quiroga experimentó en carne propia y buscó transmitir en sus cuentos (eso que Sarlo supo trasladar con su ensayo como una crítica tácita al sonambulismo del “fin de la historia”) es una suerte de crítica estética que plantea la posibilidad de transformar la tecnología respetando el estilo de los objetos.

5. Posibilidad de una crítica estética

A nivel formal, el ensayo de Sarlo surge de la aprehensión y el traslado de una serie de elementos discretos: Quiroga, la técnica, los bricoleurs, el imaginario argentino moderno, etcétera. Sin embargo, ya hemos señalado que el texto como realidad subterránea o virtual trasciende, en su despliegue y trayectoria extática, cualquier configuración de elementos coyunturales; su autonomía reside en su poder de auto-regeneración y en la apertura de nuevos contextos a través de las emisiones condensadas en torno a un modelo funcional con fecha de caducación. Esto explica por qué el ensayo de Sarlo comienza a verse desbordado desde el momento en que, más allá de su propósito explícito, el texto abre un contexto que pone en juego su presente-histórico. Este poner-en-juego constituye una suerte de metacrítica de las coordenadas espacio-temporales de su propia inserción, y ofrece además un principio de concepción técnica que va más allá de Quiroga y la modernidad. Parte de nuestra exégesis se propuso explicitar los lineamientos generales de esta metacrítica, estrechamente vinculada al momento de la aparición del ensayo. Sin embargo, como hemos señalado, la verdadera autonomía del texto radica en su despliegue hacia nuevos horizontes que trascienden por completo el ámbito de influencia autorial. De este modo, la pasión quiroguiana por la técnica, recuperada por Sarlo en 1992 contra un trasfondo globalizador, emerge en un traslado más allá de aquel estadio y reactiva una vez más su realidad en el cosmos. Hoy el primitivismo técnico resurge en nuestras manos: contra un trasfondo post-neoliberal que se caracteriza por un desplazamiento del postmodernismo en favor de un nuevo realismo de corte especulativo.

En sintonía con el nuevo realismo, creemos que el primitivismo técnico tiende a valorar los objetos individuales, no la esencia de la tecnología o sus condiciones formales de posibilidad. A diferencia de Heidegger, cuya filosofía de la técnica continúa siendo celebrada por incontables pensadores, para Quiroga los objetos técnicos son mucho más que un *para-algo* que nos remite siempre a otras cosas. Concebirlos de esta manera significa caer en lo que Harman (2011) llama “relacionismo”, una estrategia reductiva que sepulta su realidad ejecutante bajo un manto de conexiones de superficie. El resultado es una totalidad de referencias donde las partes individuales encuentran su identidad a partir del lugar que ocupan en el todo. Para Heidegger (1977), es sabido, la esencia de la tecnología no es nada tecnológico. Por el contrario, los nuevos realistas proponen para los objetos los mismos principios ontológicos que aplican a los textos: ambos son fuerzas ejecutantes irreducibles a sus relaciones, accidentes o condiciones de posibilidad. En este sentido, plantean un verdadero regreso a las cosas mismas que no degeneren en un correlacionismo. Los textos, como los objetos en general, no pueden ser reducidos a una accesibilidad antropocéntrica por vías de la conciencia, el lenguaje, la percepción, la praxis social, o cualquier otro medio de la correlación entre el pensamiento y el ser (Meillassoux, 2015). Con pocas palabras, los nuevos realistas afirman que el ser en sí es el correlato de un acto del pensamiento y existe “para” nosotros, pero esto no quiere decir que exista “por” nosotros, o bien, que no exista “sin” nosotros, o “más allá” de nosotros; que no se “dé” a otros y, finalmente, a sí mismo: ya sea como “contingencia absoluta” (Meillassoux, 2015), como campos de sentido (Gabriel, 2011) o como objeto existente (Harman, 2011). A contrapelo de las tendencias holísticas, Harman (2005) argumenta que aunque el todo es más que la suma de las partes, en cierto sentido las partes también son más que el lugar que ocupan en el todo. Para ilustrar esto cita el ejemplo de un molino que como totalidad transforma sus partes (sus aspas, motor, etcétera) en caricaturas de sí mismas al hacerlas cumplir una función específica (94). Si bien el molino necesita de sus partes para ser lo que es, nunca las utiliza en su realidad total: el molino como un todo nunca agota las posibilidades de sus partes individuales.

A diferencia de un holismo orgánico, el orden que plantea el primitivismo resulta mucho más afín a un orden estético –irregular pero coherente– en el que las cosas preservan su individualidad a la vez que se reconoce su reposicionamiento en el todo, sus aportes y sus posibilidades multiestables. Sarlo da un paso importante hacia el descubrimiento de este orden bello cuando sugiere que el primitivismo no es sinónimo de mera inoperancia. Sin embargo, termina por definirlo como un horizonte ideológico que se desentiende de la

singularidad de las cosas para concentrarse en sus condiciones formales de posibilidad. Por el contrario, la particularidad del primitivismo técnico es que emerge desinteresadamente, atraído por un objeto indiferente que opone resistencia. Lo que plantea el primitivismo no es un heroísmo romántico (hombre-versus-máquina), sino un contacto estético que busca captar el estilo de las cosas. Estamos ante una forma de atracción muy diferente de la fascinación miope de quien utiliza los objetos en forma acrítica y los acepta como dados. Se trata más bien de una forma de contacto que busca ir más allá de la superficie de las cosas. Pero, contrariamente a lo que plantea Sarlo, Quiroga y los bricoleurs no buscan controlar ni violentar los objetos, sino entrar en comunión con ellos respetando su estilo y exaltando su plasticidad. En cierto modo, la comunión que plantea el primitivismo allana un camino a la dimensión absoluta de las cosas. Una vez más, como en el caso de los textos, lo absoluto no es una sustancialidad dogmática, sino aquello que ronda suelto. Para el primitivismo quiroguiano –en sintonía con el nuevo realismo– los objetos técnicos son unidades autónomas diferenciadas en virtud de su contingencia necesaria: pueden ser esto, aquello, o bien esto otro, pero jamás una esencia fija, una cosa física o un ente presente. La experimentación de los bricoleurs, lejos de ser una expresión fetichista, es un reconocimiento tácito de la autonomía de los objetos. Constituye, asimismo, una tentativa compleja por captar el estilo elusivo de las cosas, su realidad en exceso, su constante renovación estética.

6. Consideraciones finales

Concluimos este artículo con una breve reflexión acerca de la relevancia presente del primitivismo. En cuanto modelo funcional, el ensayo de Sarlo posee la gran virtud de haber recuperado el estilo primitivista en pleno auge globalizador: en un período histórico donde el instrumentalismo volvía a imponerse de la mano del neo-liberalismo. Sin embargo, hoy el primitivismo resurge más allá de Sarlo, ya no como ideología sino como contacto estético que promete una transformación respetuosa del estilo de las cosas. Esta *rapport* se presenta como una relación libre con la técnica que ya no depende de Dios o de una vanguardia iluminada, sino de un contacto sincero con los objetos que tome nota de su contingencia necesaria. La relevancia actual de este abordaje queda en evidencia si contrastamos la disposición de los bricoleurs con la fascinación tecnofílica que hoy encarnan los denominados *early adopters* de la innovación tecnológica, una suerte de pseudo-vanguardia conformada por líderes de opinión cuyo rol es mediar entre diseñadores y consumidores. El problema con esta pseudo-vanguardia es que se rige por

una concepción puramente instrumentalista de la técnica. A diferencia de los *bricoleurs*, los *early adopters* aceptan las reglas del juego que les imponen el mercado, las corporaciones y la sociedad de consumo. Carecen de una mirada crítica en un sentido estricto, pues conciben la tecnología como una cosa, como un producto acabado, como un medio hacia un fin cuya importancia solo se mide en términos de eficiencia. En rigor, su función se limita a una tarea de promoción: pueden aprobar o desaprobar las nuevas tendencias, pero rara vez cuestionan el desarrollo tecnológico en cuanto tal, ni la arbitrariedad de los roles que les impone la tecnocracia. Los *early adopters* pueden incidir en el proceso de producción, pero sus opiniones se rigen en términos de practicidad. La tecnología es ante todo algo dado y en ningún momento conciben la posibilidad de una democratización de los procesos inherentes al diseño mismo. En palabras de Bruno Latour, la apertura y el cierre de la “caja negra” continúan siendo la tarea exclusiva de una elite especializada, y los valores inscriptos en el “código técnico” no van más allá de la lógica del mercado.

Pero el primitivismo parece diferenciarse también de toda una tradición “crítica” cuyos orígenes se remontan al romanticismo. Esta tradición está asociada tanto al determinismo como al sustantivismo identificados por Feenberg. En ambos casos, la tecnología es concebida como una fuerza “fuera de control” (Winner, 1977), y en este contexto, el ser humano debe recurrir a la sensibilidad de los artistas, a Dios, o bien contentarse con trazar ciertos límites morales. En todos estos casos la tecnología es concebida como algo no-tecnológico que está fuera de toda discusión; al concentrarse en su esencia o condiciones formales, se excluye por completo la posibilidad de transformarla. Por el contrario, el primitivismo –con su orientación estética– parte de un contacto concreto con las tecnologías (en plural) y busca transformarlas a partir de un encuentro que siempre es singular y contingente.

Referencias

Delgado, J. M. y Brignole, A. J. (1939). Vida y obra de Horacio Quiroga. Montevideo: La Bolsa de los Libros.

Dreyfus, H. (1991): Being-in-the-world: A commentary on Heidegger's Being and Time, Division I. New Baskerville, The MIT Press.

Feenberg, A. (1991): “El parlamento de las cosas”, Critical Theory of Technology.

Disponible en: <http://informaticaysociedadferrer.blogspot.com.ar/p/bibliografia-obligatoria.html>
Consultado el 3 de mayo de 2015.

Ferraris, M. (2012). Manifiesto del nuevo realismo. Santiago: Adriadna ediciones

- Figal, G. (2010). *Objectivity: The hermeneutical and Philosophy*; trad. Theodore D. George. Albany: State University of New York Press.
- Gabriel, M. (2011). *Transcendental ontology: Essays on German idealism*. New York: Continuum.
- Harman, G. (2002). *Tool-being: Heidegger and the metaphysics of objects*. Chicago, IL: Open Court
- _____ (2005). *Guerrilla metaphysics: Phenomenology and the carpentry of things*. Chicago, IL: Open Court.
- _____ (2011). *The quadruple object*. Zero books.
- _____ (2012). "The Well-Wrought Broken Hammer: Object-Oriented Literary Criticism." *New Literary History*, 43(2):183-203
- Heidegger, M. (1977). *The Question Concerning Technology, and Other Essays*; translated and with an introduction by William Lovitt. New York: Harper & Row.
- McLuhan, M. (1964). *Understanding media: the extensions of man*. Massachusetts: MIT Press
- Meillassoux, Q. (2015). *Después de la finitud*. Buenos Aires: Caja negra editora.
- Morton, T. (2013). *Hyperobjects: Philosophy and Ecology after the End of the World*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Okrent, M. (1998). *Heidegger's pragmatism: Understanding, being, and the critique of metaphysics*. Ithaca, Cornell University Press.
- Sarlo, B. (1992). *La Imaginación técnica: Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Schrag, C. (1986). *Communicative praxis and the space of subjectivity*. Bloomington, Indiana University Press.
- Shaviro, S. (2014). *The universe of things: On speculative realism*. University of Minneapolis: Minnesota Press.
- Winner, L. (1977). *Autonomous technology: Technics-out-of-control as a theme in political thought*. Cambridge: MIT Press.